

El complot de los Muchachos.

La cosa se pone fea si a los muertos no se los entierra. Se los entierra o lo que sea, pero se los despide como es debido. En aquellos años se hacían cosas horribles porque fueron tiempos horribles y a los muertos no se los despedía como se tiene que hacer. Y nadie les dirigía unas palabras ni se pensaba en ellos durante al menos medio día de cuerpo presente y deseándoles un buen viaje. Y solo con eso ya se sabe que estábamos en medio de una guerra y solo por eso se puede decir que una guerra es la peor tragedia y ojalá nunca volvamos a ver una.

Ahora me toca a mí irme y llevo en el pecho el dolor del silencio y de haber dejado que Floren se fuese sin el homenaje que todos los vivos merecen, que todos los muertos precisan. Pero has de saber que hice cuanto estuvo en mi mano para que esto no fuese así, para que al final se le rezase un responso, se cuidasen de sus restos y se depositasen allí donde alguien, alguna vez, pasara por delante e inclinase la cabeza en señal de respeto.

Fue mucho después de acabada la guerra, si es que la guerra acabó cuando dicen. Aunque eran unos niños, el rumor, el miedo y haber sido acostumbrados a hacer lo que había que hacer impidió que nadie levantara la voz. Se le llamó "el complot de los muchachos": se dijo que tenían armas que facilitaban a los maquis del monte, si es que alguna vez hubo maquis en nuestros montes. Las escondían en algún sitio. Eran cuatro, el mayor de dieciséis años. De dónde surgió la idea no lo sé, aunque me lo malicio; pero no viene al caso. Que las armas estaban pensadas para ir creando una célula terrorista, que planeaban el asesinato del alcalde, que eran malos españoles que querían el mal. Se los detuvo y fueron interrogados. Nadie creía que pudiera ser cierto que esos niños se hubiesen hecho con armas ni que en sus cabezas ni en sus almas se pergeñasen atentados ni homicidios, para nadie aquello tenía ni un mínimo de sentido. Es un complot y vamos a descubrir quién está detrás, era la consigna. Nadie pensaba que existiera el dichoso complot de los muchachos, como decían por el pueblo, aunque no se hablaba mucho de él: unos porque daban por hecho que, si estaban detenidos, a lo mejor no las armas, pero algo habrían hecho. Otros porque sabían que poner en cuestión el complot y decirlo en voz alta, era parecer cómplice de inmediato, no se sabía muy bien de qué. Los interrogatorios continuaban. Se hacían en el cementerio, lugar de operaciones para esclarecer los hechos sospechosos de aquellos años oscuros. En mi calidad de sepulturero, si no asistir, tuve la ocasión de percibir cómo se desarrollaban estos interrogatorios: el tiempo que los muchachos pasaron cerrados incomunicados, las tácticas para vencer su voluntad de silencio y doblegar su resistencia. Ahora puedo decir que oí gritos. Entonces, cuando oía los lamentos desgarradores de los chicos, me engañaba pensando que habría chillado una lechuza. Están a punto de cantar, decía el sargento.

Yo conocía a Floren. Su padre jugaba conmigo la partida en el Bar Colón por las tardes. Ya no. Desde que comenzó lo del complot, no había vuelto a bajar a la partida.

Una noche, un número de la Guardia Civil me sacó de la cama.

- Sepulturero, levanta.
- Dígame, ¿qué se le ofrece?
- Tiene el cementerio un pozo o algún lugar profundo abierto... dígame. -me dijo el soldado con evidente nerviosismo.
- Arriba hay un pozo. Es profundo y tiene mucha agua. Pero hay grifos de la canalización del pueblo... - le dije.
- Ya, ya, dígame dónde está...
- Le acompaño.

Entre las tumbas y a oscuras enseñé al Guardia Civil el pozo del Patio de San Gabriel que era anterior a que el municipio hubiese decidido instalar en aquel lugar el campo santo.

-Está, bien – dijo el Guardia Civil. – Vuelva a su casa.

Volví a la casa que el ayuntamiento dejaba habitar al sepulturero junto a las tapias del cementerio. Mi mujer me preguntó qué pasaba, pero le dije que guardase silencio. Yo, con sigilo, me escondí entre las tumbas y pude ver lo ocurrido. No se trató de un sueño. No fue una quimera cualquiera. Lo vi con mis ojos a pesar de lo negra que estaba la noche.

A la mañana siguiente, tal y como me temía, el juez acudió a mi casa de mañana. Entre todos sacamos el cuerpo de Floren del pozo. Versión oficial: suicidio. Floren se habría lanzado al pozo asustado por su felonía y por la pertenencia a un complot criminal. El complot de los muchachos.

Se le enterró a media tarde junto a las tapias del cementerio sin que el cura ni nadie encomendase su alma al más allá ni al Dios en el que él y su familia siempre creyeron con sincera devoción. En terreno no sagrado, pues los suicidas no lo merecían. A mí me tocó la ignominia de tapar su cuerpo con tierra, a solas. Lloraba mientras lo hacía. A su padre no lo volví a ver jamás. Sobre el cuerpo de Floren, la tierra. La tierra y nada más. Ni placa ni cruz ni emblema. Nada que recordase que Floren estaba allí, que Floren había existido.

A los pocos días soltaron a los otros muchachos. El complot poco a poco dejó paso a otros sucesos y en la plaza los viejos tuvieron otros asuntos de los que ocuparse: embarazos prematuros, seis o siete por año, descasadas no oficiales que se fugaron con un viajante, una de ellas como mínimo cada dos años, eso siempre era un campanazo; la lotería que una vez dejó algunos millones y, al menos otro suicida anual, la mayoría ahorcados por su propia mano de una oliva o en el sobrado de sus casas. Me tocaba entonces enterrarlos como al pobre Floren. Nadie acudía o casi nadie a unos entierros sin liturgia ni ritos, a despedidas proscritas y clandestinas que no dejaban de hablar a gritos sobre lo extraño de los tiempos que vivíamos, que imponían un adiós sin palabras para algunos que optaban, a saber por razón de qué demonio, por acabar por su mano con su vida.

Pero era Floren el que no se me iba. Ni se me va ahora que es la hora de mi despedida y que entretengo mi marcha con este cuento que trata de curar mi mala conciencia.

Los otros muchachos, junto con sus familias abandonaron el pueblo. Nunca dijeron qué sucedió aquella noche. Desaparecieron, sin más, como la familia de Floren, que dejó el pueblo en aquella primera ola de despoblación del campo que azotó España. No volvieron jamás. Nunca había flores en el cuadrado de los suicidados. Nadie recordaba a Floren.

Pero nada es eterno, todo fluye y está llamado a cambiar. Con los años y los cambios, hubo quien quiso reparar a los que, por razón de la negrura de los tiempos y los odios de las guerras, habían sido asesinados en las tapias del campo santo y arrojados sin piedad en una fosa común. Se trataba de enterrarlos como es debido, ahora que bien se podía. Se sacaron los cadáveres. Sus deudos les lloraron cuarenta años después. Yo estuve presente, a punto estaba de alcanzarme la jubilación.

Alguien recordó a Floren.

Debería estar con ellos, pensó alguien. El pueblo entero sabía que no hubo complot. El mundo entero sabía que a Floren lo mató la historia, no un suicidio. Todos sabían que también había sido asesinado, aunque solo yo lo vi con mis ojos pese a lo negro de aquella noche.

Acudió la comitiva que había exhumado a los otros diecisiete al patio de los suicidados, ya por cierto en desuso y por fortuna sin acoger nuevos inquilinos, no porque no siguiera habiendo personas que por su propia voluntad seguían eligiendo olivas y sobrados en los que hacer mutis por el foro de la vida, sino por fuerza del cambio de los tiempos, que con todo y por mucho que se diga, caminan hacia mejor o así lo dicen mis ochenta y tantos años de experiencia. Ahora a todos los despedimos por igual, pues iguales somos. Pero divago.

Una vez en el patio, tuve que indicar el lugar exacto donde fue enterrado Floren. Comenzó la excavación. Se prolongó mucho tiempo y cada vez los operarios hoyaban la tierra más profundamente y, aun así, no daban con los restos del muchacho. Agotados, reconocieron que allí no encontrarían los restos de Floren y, es más, se notaba que la tierra había sido removida antes: aquella tierra no llevaba cuarenta años reposada según les dictaba el conocimiento que les había dado su oficio.

Todas las miradas fueron hacia mí, hacia el sepulturero, memoria viva de lo ocurrido entre aquellas tapias.

- No sé qué puede pasar. Juraría que fue aquí donde lo enterramos. Pero hace cuarenta años, a lo mejor fue en otro sitio... no sé, hace tanto... -acerté a decir dando verosimilitud a una duda que yo sabía que no era tal: ese era el lugar exacto en el que debería haber estado el cuerpo de Floren.
- A lo mejor se ha desenterrado ya- aventuró alguien de aquella comitiva.
- Ahora que lo dices – añadí yo. Y proseguí. – Hace ya años acudió la familia tal (y aporté el apodo que es el modo en el que en los pueblos identificamos a los vecinos). Habían emigrado hace años a Cataluña. Su abuelo se había suicidado y querían recuperar sus restos mortales y darles descanso y despedida cerca de donde toda la familia había encontrado acomodo. Yo esos días estaba enfermo y no estuve en aquel desenterramiento. Se me ocurre pensar que esta familia se llevó los restos de Floren creyendo que llevaban los de su abuelo. Eso, o no me lo explico...

Por lo que sea, tal ver la suerte, la dificultad de indagar si aquello era cierto o no, la ausencia de familiares de Floren que insistiesen con mayor contumacia en la necesidad de dar con sus restos o el hecho de que se acercaba la hora de comer y todavía quedaba mucho por hacer, toda la parroquia allí reunida dio por buena la historia, se echó de nuevo tierra sobre aquella tumba ignominiosa y de ese modo, se echó tierra sobre aquel asunto ahora ya de manera definitiva.

A los diecisiete fusilados sin juicio y de manera sumaria, cuarenta años después, aquella noche, como debe de ser, se les hizo un velatorio necesario y a la mañana siguiente, se depositaron sus restos bajo una lápida común que rezaba las tristes circunstancias de su muerte sin buscar culpables ni reparaciones que ya resultarían absurdas e innecesarias. Floren no estaba con ellos.

Y seguramente Floren debería haber estado. El culpable de que no esté con ellos, de que los operarios encargados de la exhumación no lo encontraran no es otro que el que escribe esta historia. Este sepulturero cobarde que fue incapaz de alzar la voz ante la tropelía que presencié, como tantos otros.

Lo cierto es que desde el mismo momento en el que enterré al muchacho, me propuse sacar sus restos de allí y, aunque fuese de forma anónima y también clandestina, darles un lugar más digno de descanso y proporcionarles, del mismo modo, un velatorio merecido y una noche de despedida junto a personas enternecidas por el misterio de la muerte.

Y dado que vivía en el cementerio y tenía todo el tiempo del mundo, que nadie visitaba el patio de los suicidados y que no hay empeño estéril para el que tiene voluntad de cumplirlo, mil oportunidades tuve de hacerlo. Y lo hice.

Pude haber dado los restos a aquella familia de catalanes que hubieran honrado el cadáver de Floren como él hubiese merecido. O bien, pude haber sacado sus restos y ponerlos junto al sargento de la Guardia Civil responsable de su muerte, que ocasión tuve. O pude colocarlos junto al altar mayor de la iglesia dado que, además de sepulturero, el cura me encargaba obras y el mantenimiento de la iglesia con lo que conseguía un sobresueldo que me ayudó en la crianza de la prole. Y algo de eso fue y por eso Floren ya no estaba, desde hacía mucho, en el patio de los suicidados, sino en lugar donde la gente al pasar, no tiene por menos que inclinar su cabeza en señal de respeto.

El hecho concreto da igual. El hecho cierto es que Floren, desde años, descansa como bien debe.

Y ahora me voy tranquilo, llegada mi hora también, con el pecho más liviano. El silencio de cuarenta años lo oprimía con dureza. Pero ya todo acabó por fin.